



Estudios bíblicos reformados



Cuándo y por qué se escribe la Biblia

Cuándo y por qué se escribe la Biblia

ESCRITORA

Emily Cheney

EDITORA

Marissa Galván Valle

Acerca de la escritora

EMILY CHENEY es ministra presbiteriana en el estado de Georgia. Es autora del libro *She Can Read: Feminist Reading Strategies for Biblical Narrative* (1996), en el que desarrolla enfoques de lectura feminista aplicados a los relatos bíblicos. Su trabajo se sitúa en el campo de la interpretación bíblica feminista y ha contribuido a la reflexión sobre estrategias hermenéuticas que amplían la comprensión de los textos bíblicos desde perspectivas de género.

OBJETIVOS: EBR

Estudios bíblicos reformados es un material de estudio que las iglesias y las personas pueden utilizar para:

- **Encontrarse con la Palabra** para conseguir el conocimiento y la formación necesarias para vivir vidas efectivas de fe;
- **Estudiar la Palabra** para que ésta información les desafíe con una enseñanza empírica, que se da a través de todos los sentidos que Dios da a toda persona y;
- **Ejercitar la Palabra** para que las personas conecten lo que han recibido con sus vivencias, con la cultura que les rodea y con las creencias teológicas de la tradición reformada, para que sus vidas sean transformadas en acción y testimonio.

MATERIALES

Cada encuentro de *Estudios Bíblicos Reformados* consta de dos archivos: una «Hoja para el grupo», que se distribuye entre las personas y sirve como introducción y aplicación, y una «Guía para Líderes», que proporciona herramientas al o la líder del grupo para interpretar y procesar la información de la «Hoja para el grupo». Además, esta ayuda a llevar las conversaciones a la acción y aplicar los principios aprendidos en la vida cristiana cotidiana.

Estudios bíblicos reformados es una serie de estudios de Cultivemos fe, Corporación presbiteriana de publicaciones, Louisville, Kentucky. A menos de que se indique otra cosa, las lecturas bíblicas en esta publicación son tomadas de la Biblia *Versión Reina Valera Actualizada*, © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso. Este material educativo es ofrecido libre de costo para el uso de iglesias y de grupos. Se permite la reproducción del contenido para estos fines.



Originalmente, este estudio fue publicado como «When and Why the Bible Was Written», Copyright © 2006 www.TheThoughtfulChristian.com. Se ha hecho todo lo posible por verificar los derechos de autor de los materiales aquí citados. Si algún material registrado ha sido incluido sin el debido permiso o reconocimiento se insertará la debida mención en futuras ediciones. © 2026 Cultivemos fe. Todos los derechos reservados.

HOJA PARA EL GRUPO 1

Cuándo y por qué se escribe la Biblia

LECTURAS BÍBLICAS

Génesis 1,1-2,1; Éxodo 20,1-17; Deuteronomio 30,15-20; Josué 24,14-24; 2 Samuel 7,8-16; Isaías 1,10-17; Jeremías 31,31-34; Ezequiel 36,24-28; Salmo 23; Job 1,20-22; Proverbios 3,1-7; y Lamentaciones 3,19-26

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

EL SEÑOR tu Dios está en medio de ti: ¡Es poderoso; él salvará! Con alegría se regocijará por causa de ti. Te renovará en su amor; por causa de ti se regocijará con cánticos.

— Sofonías 3,17

RECUERDE QUE...

los libros de la Biblia no surgieron en el vacío, sino en contextos históricos y comunitarios concretos. Al reconocer cuándo y por qué fueron escritos, podemos apreciar con mayor profundidad cómo Dios ha actuado en la historia y en la vida de su pueblo. Esta mirada nos ayuda a leer la Escritura de manera más consciente, descubriendo su relevancia para nuestra fe hoy.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

A lo largo de un período de al menos mil cien años, los libros de la Biblia fueron redactados con propósitos concretos dentro de contextos históricos, comunitarios y teológicos específicos. Sin embargo, discernir con precisión dichos propósitos, así como las circunstancias que dieron origen a estos textos, puede resultar una tarea compleja.

Esta complejidad se hace particularmente evidente al estudiar la formación de los libros del Antiguo Testamento, los cuales tradicionalmente se organizan en cuatro grandes secciones: el Pentateuco, los Libros Históricos, los Profetas y los Escritos. Cada una de estas colecciones refleja procesos diversos de transmisión, interpretación y relectura de la experiencia del pueblo de Dios a lo largo del tiempo.

En este estudio nos proponemos explorar cuándo, por qué y para quiénes escribieron los autores de los textos que componen cada una de estas secciones del Antiguo Testamento. En el segundo encuentro, dirigiremos nuestra atención a los libros del Nuevo Testamento.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA Pentateuco

Como ha demostrado la investigación bíblica, los primeros cinco libros de la Biblia —Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio—, conocidos como el Pentateuco (o la Ley), reflejan un desarrollo rico y complejo. Aunque contienen tradiciones transmitidas oralmente o registradas en etapas anteriores, estos libros, tal como los conocemos hoy, fueron en gran medida configurados durante el exilio babilónico (587-538 a. C.) y en el período posterior, por quienes la crítica bíblica identifica como la tradición o escuela sacerdotal.

Estos redactores sacerdotales editaron y reconfiguraron las tradiciones recibidas, incorporando nuevos relatos y otorgando un énfasis particular a los años del pueblo de Israel en el desierto: un tiempo de transición en el que ya no vivían bajo la esclavitud en Egipto, pero aún no contaban con una vida centrada en el Templo.

Este período en el desierto resulta clave, pues en él Dios entregó a Moisés y al pueblo los Diez Mandamientos en el monte Sinaí (Éxodo 20,1-17). Entre las tradiciones fundamentales que la escuela sacerdotal integró o desarrolló se encuentran el relato de la creación (Génesis 1,1-2,1), que afirma la intencionalidad y la bondad de Dios en la creación; la bendición a la humanidad después del diluvio (Génesis 9,1-19); el origen de la

circuncisión (Génesis 17,9-11); y las instrucciones relativas a la vida cultural y a la observancia de la ley (Levítico 1-27; Números 1-10; 25-36), incluido el llamado Código de Santidad (Levítico 17-26), que exhorta a Israel a vivir en santidad.

Mediante esta relectura y reorganización de las tradiciones, los redactores sacerdotales subrayaron que la alianza, especialmente la establecida con Moisés en el desierto, podía mantenerse aun en ausencia de la tierra y del Templo. De este modo, ofrecieron al pueblo en el exilio una base de esperanza y un llamado a permanecer fiel a la alianza.

Surgen entonces algunas preguntas interpretativas: ¿domina de tal manera el liderazgo de Moisés en el Pentateuco que el papel de Abraham queda relegado? ¿Se presentan las alianzas con Abraham, Isaac y Jacob, así como el traslado de la familia de Jacob a Egipto por medio de José, únicamente como antecedentes que explican la esclavitud y, por tanto, la necesidad del liderazgo de Moisés?

Parece que no es así. La tradición sacerdotal continúa afirmando la alianza con Abraham (cf. Levítico 26,42), al igual que otras tradiciones bíblicas (cf. Josué 24,2-4; Jeremías 11,1-5). Quizá una pregunta aún más significativa sea hasta qué punto la experiencia del exilio influye en la manera en que se interpretan y articulan las diversas situaciones históricas que conforman el Pentateuco.



¿Qué significa para usted que el Pentateuco haya sido «configurado» durante el exilio? ¿Cómo influye esto en su manera de leer estos textos? ¿Por qué considera usted que los redactores sacerdotales dieron tanta importancia al tiempo en el desierto?

Libros Históricos

Los Libros Históricos, la segunda gran sección, pueden dividirse en dos grupos, cada uno con una perspectiva particular sobre las circunstancias históricas: la Historia Deuteronomista y la Historia del Cronista. Dado que el libro de Deuteronomio también sirve como introducción a los libros de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, y 1 y 2 Reyes, y que su teología se desarrolla en ellos, estos escritos suelen denominarse en conjunto la Historia Deuteronomista.

El mensaje de Deuteronomio (así como el del profeta Jeremías) no presenta a Dios como alguien que ha decidido rechazar a Israel ni como alguien incapaz de ayudarlo, sino que interpreta el exilio como consecuencia del propio pecado del pueblo. De igual manera, estos libros explican que, debido a la reiterada rebeldía de Israel, a su infidelidad a la alianza y a su incapacidad de cumplir su palabra, el pueblo experimentó la pérdida de la tierra y el destierro como consecuencia de su conducta. En otras palabras, Deuteronomio subraya que Dios permaneció fiel a la alianza establecida

con Moisés, mientras que el pueblo fue confrontado con la elección entre el camino de la vida y el bienestar, o el camino de la muerte y el mal (cf. Deuteronomio 30,15-20).

La Historia Deuteronomista (también llamada los Profetas Anteriores), que interpreta el exilio y la pérdida de la tierra como resultado de la desobediencia persistente, puede organizarse en cinco períodos. En el primero, tras la muerte de Moisés y el liderazgo de Josué, el pueblo de Israel logra victorias militares, toma posesión de la tierra prometida y, en términos generales, permanece fiel a Dios (cf. Josué 24,22).

El segundo período presenta un contraste notable. El libro de Jueces describe una etapa de asentamiento progresivo marcada por conflictos internos y retrocesos. Se repite un patrón cíclico: el pueblo peca, clama a Dios, es liberado por medio de un juez y experimenta paz, pero luego vuelve a pecar. Este ciclo culmina con el profeta Samuel, último de los jueces, quien unge a Saúl como rey, no sin advertir al pueblo sobre la necesidad de obedecer la palabra de Dios (cf. 1 Samuel 12,15). Surge entonces una pregunta interpretativa: ¿refleja este patrón una reconstrucción histórica completa o más bien la interpretación teológica del autor deuteronomista?

En el tercer período, durante el reinado de David, se alcanza un punto culminante en la fidelidad a la alianza. En este contexto, los deuteronomistas colocan en el centro la promesa de una alianza eterna con la casa de David (cf. 2 Samuel 7,12-16), aunque advierten que dicha promesa podría verse comprometida si los reyes no permanecen fieles (cf. 1 Reyes 9,6-8).

El cuarto período se caracteriza por el énfasis en las advertencias proféticas, como las de Elías y Eliseo, contra la idolatría y la participación en cultos ajenos. Los deuteronomistas evalúan a los reyes según su fidelidad a Dios, calificando a la mayoría como infieles, con excepciones como Asa, Ezequías y Josías.

El quinto período (cf. 2 Reyes 24,1-25,12) relata la caída de Jerusalén y la conquista por parte de Nabucodonosor. El hecho de que el rey Joaquín sea llevado al exilio sin ser encarcelado sugiere una posible restauración futura de la dinastía. Textos como Deuteronomio 1,1-3; 4,27-30; y 30,1-10 apuntan a que el perdón de Dios y el arrepentimiento del pueblo abrirán el camino para el retorno. No obstante, dado que esta obra fue concluida durante el exilio y no después de él, su final permanece abierto y, en cierto sentido, ambiguo.

Por su parte, los cronistas —líderes sacerdotales que escribieron después del exilio y de la reconstrucción del Templo (ca. 516 a. C.)— retomaron y editaron las tradiciones deuteronomistas, poniendo especial énfasis en la relación entre la monarquía y el Templo. En sus relatos, destacan los logros de David, omitiendo episodios problemáticos como su relación con Betsabé, la rebelión de Absalón o sus últimas instrucciones de violencia. Incluso atribuyen a Satanás el pecado del censo.

Asimismo, los cronistas subrayan la dimensión cultural del reinado de David: su papel en la composición de salmos, la organización del servicio levítico y la planificación del Templo, así como su vida de oración y su preocupación por un culto adecuado. Desde esta perspectiva, el exilio se interpreta como consecuencia del fracaso del pueblo en vivir una adoración fiel conforme al modelo davídico.

Los libros de Esdras y Nehemías amplían esta visión. Esdras relata el regreso del exilio, la reconstrucción del Templo (caps. 1–6) y la restauración de la ley (caps. 7–10), lo que condujo a reformas comunitarias, incluida la separación de matrimonios mixtos y la instrucción pública en la ley (probablemente el Pentateuco; cf. Esdras 7,1-10; Nehemías 8–9). Nehemías continúa describiendo estos procesos de reforma.

El libro de Rut puede leerse como una respuesta o complemento a estas políticas, mostrando la integración de una mujer extranjera en el pueblo de Dios. Por su parte, el libro de Ester ha sido interpretado como una explicación del origen de la fiesta de Purim. No obstante, ambos libros suelen entenderse más como relatos teológicos que destacan el valor y la fe de mujeres en contextos difíciles, más que como reconstrucciones estrictamente históricas.



Si Dios permanece fiel aun cuando el pueblo falla, ¿cómo entiende usted su propia relación con Dios en momentos de dificultad o error? ¿Qué le sugiere esta sección sobre la importancia de la adoración, la obediencia y la comunidad en la vida de fe hoy?

Profetas

Los Libros Históricos nos ofrecen el contexto en el que surgieron los mensajes de los profetas —como Samuel y Elías—, quienes ungieron y guiaron a los reyes de Israel, pero dicen relativamente poco sobre el contenido de esos mensajes. Por el contrario, los Libros Proféticos nos transmiten con mayor amplitud el contenido de la predicación profética, aunque en ocasiones presentan una visión incompleta de sus circunstancias históricas.

Para comprender mejor el contexto y el propósito de estos libros, resulta útil distinguir si los profetas ejercieron su ministerio antes, durante o después del exilio babilónico (587–538 a. C.), aun reconociendo que algunos textos pudieron haber sido ampliados en etapas posteriores.

Los profetas preexílicos —entre ellos el Primer Isaías (Isaías 1–39), Jeremías, Oseas, Amós, Miqueas, Nahúm, Habacuc y Sofonías— denunciaron las injusticias sociales, la confianza en potencias extranjeras en lugar de Dios y la idolatría. El Primer Isaías (ca. 742–701 a. C.) criticó la idolatría y la opresión de las personas pobres en Jerusalén, llamó al pueblo a volver a Dios y a practicar la justicia, advirtió contra alianzas políticas con Asiria y Egipto, y anunció la venida de un futuro rey —un mesías— fiel a Dios.

Jeremías (ca. 627–587 a. C.), cercano al momento de la destrucción de Jerusalén, también denunció la idolatría y la injusticia, advirtiendo que Dios permitiría la destrucción por parte de Babilonia (cf. Jeremías 1,13-15). Oseas (ca. 745–722 a. C.), profeta del reino del norte, llamó al pueblo a volver a la fidelidad de la alianza, destacando tanto el juicio como la compasión de Dios. Amós (ca. 760–745 a. C.), aunque originario de Judá, denunció con firmeza las injusticias contra las personas pobres y la falsedad del culto, anunciando un juicio del cual solo un remanente sobreviviría.

Miqueas (ca. 720–701 a. C.) denunció a los poderosos que despojaban a las personas más vulnerables de sus tierras. Nahúm (ca. 615–610 a. C.), Habacuc (ca. 608–598 a. C.) y Sofonías (ca. 640–625 a. C.) advirtieron también sobre las consecuencias de la idolatría: Nahúm proclamó el juicio sobre Asiria; Habacuc anunció que Dios juzgaría tanto a su pueblo como a Babilonia; y Sofonías habló del juicio, pero también de la purificación y restauración de Israel.

La profecía continuó desarrollándose durante el exilio. Entre los profetas exílicos se encuentran el Segundo Isaías (Isaías 40–55), Jeremías, Ezequiel y Abdías. El Segundo Isaías (ca. 539–538 a. C.) proclama esperanza: anuncia el fin del exilio, presenta a Ciro como instrumento de liberación y afirma el retorno del pueblo a su tierra.

Los textos de Jeremías en este período incluyen mensajes de esperanza, como la promesa del regreso tras setenta años (cf. Jeremías 29) y el anuncio de una nueva alianza escrita en el corazón (cf. Jeremías 31,31-34). Ezequiel (593–563 a. C.), profetizando desde el exilio, denunció la idolatría y la injusticia, subrayó la responsabilidad personal y anunció tanto la restauración del pueblo como la reconstrucción del Templo, insistiendo en una renovación interior marcada por la santidad. Abdías (587 a. C.) proclamó juicio contra Edom por su participación en la caída de Jerusalén.

Los profetas posexílicos incluyen al Tercer Isaías (Isaías 56–66), Joel, Jonás, Hageo, Zacarías, Malaquías y Daniel. El Tercer Isaías (ca. 530–510 a. C.) combina denuncia —especialmente contra la idolatría— con esperanza en la restauración de Jerusalén, aunque también expresa dudas sobre la conversión del pueblo.

El libro de Jonás plantea preguntas sobre la responsabilidad de Israel hacia otras naciones. Hageo (ca. 520 a. C.) insiste en la reconstrucción del Templo como condición para la restauración del pueblo. Zacarías (ca. 520–518 a. C.) presenta visiones sobre la restauración y un futuro mesiánico. Malaquías (ca. 516–510 a. C.) critica tanto a los sacerdotes como al pueblo por su infidelidad y falta de justicia.

Joel (posterior a 516 a. C.) llama al arrepentimiento y utiliza un lenguaje de carácter apocalíptico. El libro de Daniel, que combina relatos y visiones, fue compuesto en un contexto posterior (siglo II a. C.) para alentar la fidelidad del pueblo frente a la opresión y la imposición cultural extranjera. Sus imágenes apocalípticas influyeron también en la literatura del Nuevo Testamento.



Si los profetas llamaban al pueblo a cambiar su manera de vivir, ¿qué cambios siente usted que Dios le está invitando a hacer hoy? ¿Qué le enseña esta sección sobre cómo Dios sigue hablando y actuando en medio de las crisis personales y comunitarias?

Escritos

El cuarto grupo, los Escritos, incluye los libros de Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares y Lamentaciones, cuyos contextos de composición no siempre pueden determinarse con precisión. Entre estos, Job, Proverbios y Eclesiastés se clasifican como literatura sapiencial, es decir, textos utilizados con fines formativos, especialmente en la educación de las élites y en la preparación de escribas.

El libro de Job (ca. siglo VI a. C.) aborda de manera profunda la cuestión del sufrimiento humano y cuestiona la idea de que el dolor y la desgracia sean necesariamente castigos merecidos por el pecado. Por su parte, Proverbios ofrece orientaciones prácticas sobre la vida, señalando tanto lo que se debe hacer como lo que se debe evitar, y refleja una perspectiva posexílica en la que la obediencia a la ley se identifica con la sabiduría (cf. Proverbios 1-9).

Eclesiastés (ca. 300 a. C.), también conocido como *Qohelet*, ha sido tradicionalmente atribuido a Salomón; sin embargo, su tono crítico y sus afinidades con el pensamiento griego sugieren un contexto posterior al exilio.

El libro de los Salmos, en su forma actual, se consolidó después del exilio, aunque continuó siendo editado hasta el siglo II a. C. Tradicionalmente se ha atribuido a David, aunque solo setenta y tres salmos llevan su nombre. Estos textos poéticos expresan lamento, súplica, acción de gracias y alabanza, dando voz a la experiencia humana en relación con la fidelidad y la grandeza de Dios.

El Cantar de los Cantares, también asociado tradicionalmente a Salomón pero reelaborado en épocas posteriores, es una colección de poemas que celebran el amor humano y la sexualidad como dones que forman parte de la bondad de la creación.

Finalmente, el libro de Lamentaciones, atribuido tradicionalmente al profeta Jeremías, expresa el dolor, la devastación y el sufrimiento del pueblo tras la caída de Jerusalén a manos de los babilonios (ca. 587 a. C.).



Si estos libros expresan toda la gama de la experiencia humana ante Dios, ¿qué le enseñan sobre la libertad y la honestidad en su propia relación con Dios? ¿Qué le sugiere esta sección sobre cómo integrar en su vida la sabiduría, la oración, el amor y el lamento como parte de una fe madura?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

Esta exploración sobre cuándo y con qué propósitos fueron escritos los libros del Antiguo Testamento nos permite reconocer que estuvieron profundamente moldeados por acontecimientos fundamentales. La redacción del Antiguo Testamento gira en torno a experiencias clave como el éxodo de Egipto, la entrega de la Torá y la alianza en el desierto, la unción de los reyes, el exilio fuera de la tierra y el retorno del pueblo a ella.

No obstante, con frecuencia las circunstancias históricas precisas resultan difíciles de determinar y describir con claridad. Aun así, en el desarrollo de estas tradiciones, sus autores respondían continuamente a las realidades de su pueblo, comunicando en ellas el mensaje de Dios para su tiempo.

HOJA PARA EL GRUPO 2

Cuándo y por qué se escribe la Biblia

LECTURAS BÍBLICAS

Marcos 13,9-13; Mateo 5,1-12; Mateo 28,16-20; Lucas 4,16-21; Lucas 21,20-24; Hechos 2,37-42; Gálatas 5,1-6; Filipenses 2,5-11; Romanos 12,1-5; Hebreos 12,1-3; Santiago 2,14-17; y Apocalipsis 21,1-5

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

No se conformen a este mundo; más bien, transfórmense por la renovación de su entendimiento de modo que comprueben cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.

— Romanos 12,2

RECUERDE QUE...

los libros de la Biblia no surgieron en el vacío, sino en contextos históricos y comunitarios concretos. Al reconocer cuándo y por qué fueron escritos, podemos apreciar con mayor profundidad cómo Dios ha actuado en la historia y en la vida de su pueblo. Esta mirada nos ayuda a leer la Escritura de manera más consciente, descubriendo su relevancia para nuestra fe hoy.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Aunque los libros del Nuevo Testamento fueron escritos en un período relativamente breve —de aproximadamente un siglo o menos—, abordan una diversidad de situaciones y contextos.

Comencemos por considerar, de manera aproximada, cuándo y con qué propósitos fueron escritos los Evangelios. Luego, al examinar el Evangelio de Lucas, plantearemos estas mismas preguntas en relación con el libro de los Hechos de los Apóstoles. Finalmente, reflexionaremos sobre los propósitos que dieron origen a las cartas del Nuevo Testamento y al libro de Apocalipsis.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Evangelios y el libro de los Hechos

¿Ha notado usted que los Evangelios contienen relatos similares, pero que Mateo, Marcos y Lucas siguen una cronología semejante que no se encuentra en Juan? ¿Ha observado que Mateo y Lucas incluyen relatos que no aparecen en Marcos —como el Padrenuestro—, así como materiales propios de cada uno? Estas semejanzas y diferencias indican que los Evangelios están estrechamente relacionados entre sí, lo que hace difícil sostener que sean simples relatos escritos por testigos oculares durante la vida de Jesús.

Si esto es así, surge entonces la pregunta: ¿cuándo y por qué fueron escritos los Evangelios?

En realidad, no es posible determinar con exactitud las fechas de su composición. Solo podemos aproximarnos a ellas e inferir sus propósitos a partir de las preocupaciones que reflejan más el contexto de sus autores que el tiempo mismo de Jesús. Por ejemplo, el énfasis en el sufrimiento, en cargar la cruz y en perseverar en la fe sugiere que la comunidad de Marcos vivía en Roma y experimentaba la persecución de Nerón (64–65 d. C.), lo que situaría la redacción de este Evangelio poco después de esos acontecimientos. Sin embargo, también es posible que haya sido escrito después del año 70 d. C., tras la destrucción del Templo de Jerusalén.

En este caso, la referencia a la «abominación desoladora» (cf. Marcos 13,14; Deuteronomio 9,27; 11,31; 12,11) no solo evocaría la profanación del Templo por Antíoco IV, sino también su devastación durante las guerras judías (66–70 d. C.). Esta alusión serviría para alertar a la comunidad cristiana sobre la inminencia del fin y la llegada del reino de Dios.

Dado que el Evangelio de Mateo incluye material procedente de Marcos —aunque con variaciones y ampliaciones—, así como otros relatos que comparte con Lucas, se considera que su autor escribió después de Marcos y utilizó diversas fuentes. Algunas personas que han estudiado esto proponen la existencia de una fuente común (denominada Q) utilizada por Mateo y Lucas, además de tradiciones propias. Otros enfoques han buscado comprender los propósitos teológicos particulares de cada Evangelio en su forma final.

En el caso de Mateo, resulta evidente el énfasis en Jesús como cumplimiento de las expectativas mesiánicas, especialmente en relación con figuras como Moisés y David. Este Evangelio comienza con una genealogía (cf. Mateo 1,1-17) que vincula a Jesús con David, y presenta sus acciones como las de un pastor que cuida de su pueblo. Además, destaca la reinterpretación de la ley en los capítulos 5-7, situando a Jesús en continuidad con Moisés.

Este énfasis sugiere que el Evangelio de Mateo fue escrito para una comunidad que se encontraba en proceso de separación —o ya separada— de la sinagoga, posiblemente en la región de Siria. Junto con esta enseñanza sobre la ley, se mantiene la esperanza en la presencia continua de Cristo resucitado (cf. Mateo 18,20; 28,20) y la expectativa de su retorno, sin dejar de lado la misión de anunciar el evangelio a todas las naciones (cf. Mateo 28,16-20). La referencia a la destrucción de Jerusalén como un hecho pasado (cf. Mateo 22,7) sitúa este Evangelio alrededor de los años 80-90 d. C.

De manera similar, Lucas también alude a la destrucción de Jerusalén, describiéndola con mayor detalle (cf. Lucas 21,20-24). Su Evangelio presenta a Jesús como un profeta que sufre y da testimonio fiel. Desde el inicio, vincula su misión con la tradición profética, como se observa en el canto de María, que recuerda el de Ana. Asimismo, el ministerio de Jesús comienza con un discurso basado en Isaías (cf. Lucas 4,16-30), que provoca rechazo.

En Lucas, la muerte de Jesús no se presenta como rescate, sino que se subraya su inocencia (cf. Lucas 23,47), invitando a la comunidad a reconocerlo, arrepentirse y volver a Dios, en continuidad con el mensaje de los profetas. Este mismo énfasis se desarrolla en el libro de los Hechos, donde la predicación apostólica conduce al arrepentimiento y al bautismo (cf. Hechos 2,37-42).

El libro de los Hechos presenta la continuidad entre la misión de Jesús y la de sus discípulos, así como la expansión del cristianismo —«el Camino»— como una prolongación de la tradición judía. Esto sugiere que el autor de Lucas-Hechos buscaba ayudar a su comunidad a definirse en relación con el judaísmo, el pueblo gentil y el Imperio romano.

El Evangelio de Juan, escrito hacia los años 90-100 d. C., aunque comparte algunos relatos con los sinópticos, presenta una perspectiva teológica distinta. En él, Jesús es descrito como quien se hace carne, revela la gloria del Padre y regresa a Él después de preparar a sus discípulos.

La erudición indica que la comunidad joánica evolucionó desde una etapa en la que participaba en la sinagoga hasta una separación más definida, en la que se afirmaba a Jesús como el Mesías. Relatos como el de Juan 9 reflejan tensiones con la sinagoga y buscan fortalecer la fe de la comunidad.

Aunque el Evangelio afirma la humanidad de Jesús, también muestra que existían debates en la comunidad sobre su identidad, especialmente entre quienes enfatizaban su divinidad y minimizaban su humanidad. Escritos posteriores, como las cartas de Juan, reflejan estas tensiones y la salida de algunos miembros que sostenían estas interpretaciones.



Si los Evangelios fueron escritos para fortalecer la fe de comunidades concretas, ¿qué le sugiere esto sobre cómo usted puede leerlos y aplicarlos en su propia vida? ¿Qué le enseña esta sección sobre la importancia de discernir la presencia de Dios en su propio contexto histórico y comunitario?

Cartas

El libro de los Hechos nos presenta el ministerio de los discípulos de Jesús como una continuación de la obra de su Maestro, y también nos muestra la misión de Pablo con el pueblo gentil, legitimada por los apóstoles como una extensión de su propio ministerio. Sin embargo, las cartas de Pablo —escritas antes, en la década de los años 50 d. C.— reflejan tensiones más marcadas con los apóstoles de Jerusalén y una comprensión distinta de su propio apostolado.

Surge entonces una pregunta importante: ¿cómo discernir qué ocurrió históricamente? ¿O más bien deberíamos preguntarnos cómo Pablo —y el autor de Hechos— interpretan estos acontecimientos y con qué propósito?

Al estudiar las cartas paulinas, es importante reconocer que el corpus incluye tres grupos: las siete cartas auténticas de Pablo, las cartas deuteropaulinas y las cartas pastorales. Comencemos considerando cuándo y por qué Pablo escribió sus siete cartas, para luego abordar estas mismas preguntas en relación con los otros grupos.

El estudio de estas cartas, junto con el libro de los Hechos, sugiere el siguiente orden aproximado: 1 Tesalonicenses (ca. 51 d. C.), Gálatas (52–56 d. C.), 1 y 2 Corintios (53–56 d. C.), Filipenses (55–56 d. C.), Filemón (55–56 d. C.) y Romanos (56–57 d. C.).

La primera carta de Tesalonicenses refleja una comunidad que enfrentaba desafíos tanto morales como teológicos. Pablo escribe para animarles, asegurarles la esperanza de la resurrección y exhortarles a vivir con fidelidad, evitando la inmoralidad y la ociosidad. De manera similar, la carta de Gálatas aborda tensiones profundas en torno a la identidad cristiana, especialmente en relación con la circuncisión y la observancia de la ley.

Pablo insiste en que su apostolado proviene del llamado de Dios y defiende la libertad en Cristo frente a interpretaciones que imponían cargas legales.

En Corinto, Pablo enfrenta divisiones internas, conflictos éticos y preguntas doctrinales. Sus cartas responden tanto a informes recibidos como a preguntas planteadas por la comunidad. En ellas aborda temas como la unidad, la vida moral, el matrimonio, la libertad cristiana y la resurrección. Su relación con esta comunidad fue compleja, marcada por visitas, tensiones y reconciliaciones.

La carta de Filipenses, escrita en contexto de prisión, exhorta a la humildad y al seguimiento de Cristo como modelo, mientras que la breve carta a Filemón aborda una situación concreta relacionada con el esclavo Onésimo, planteando de manera implícita cuestiones sobre la reconciliación y la libertad.

Romanos, por su parte, tiene un carácter más amplio y teológico. En esta carta, Pablo expone de manera sistemática su comprensión del evangelio. Se ha interpretado como una síntesis de su pensamiento, como un intento de fortalecer su relación con la iglesia de Roma o como una reflexión dirigida a varias comunidades. También aborda cuestiones prácticas, como la convivencia entre diferentes grupos y el discernimiento ético en la vida comunitaria.

Las cartas conocidas como deuteropaulinas —2 Tesalonicenses, Colosenses y Efesios— presentan diferencias significativas con las cartas auténticas, lo que ha llevado a considerar que fueron escritas por discípulos de Pablo en su nombre. Esta práctica, conocida como seudonimia, era aceptada en la antigüedad como una forma de transmitir autoridad. Estas cartas reflejan el desarrollo de las comunidades cristianas en etapas posteriores y ofrecen perspectivas teológicas complementarias.

Las cartas pastorales (1 y 2 Timoteo y Tito), también atribuidas a Pablo, muestran un momento en el que las comunidades cristianas avanzan hacia una mayor organización institucional. En ellas se enfatiza la importancia de la enseñanza, la transmisión de la tradición, la vida comunitaria y los criterios para el liderazgo.

Por otro lado, las llamadas cartas generales o católicas —Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro, Judas, y también 1, 2 y 3 Juan— se dirigen a audiencias más amplias. Estas cartas abordan temas como la perseverancia en la fe, la relación entre fe y obras, la vida ética y el discernimiento frente a enseñanzas erróneas.

Hebreos, por ejemplo, anima a comunidades que enfrentan persecución, presentando a Jesús como sumo sacerdote y mediador. Santiago subraya la importancia de una fe que se manifiesta en acciones concretas. Las cartas de Pedro y Judas advierten contra falsos maestros y animan a la fidelidad.

En conjunto, estas cartas reflejan la diversidad de situaciones, desafíos y procesos de discernimiento que vivieron las primeras comunidades

cristianas. A través de ellas, podemos percibir cómo la fe se fue comprendiendo, articulando y viviendo en contextos históricos concretos.



Si las cartas responden a situaciones concretas de comunidades reales, ¿qué le sugiere esto sobre cómo usted puede leerlas y aplicarlas hoy? ¿Qué le enseña esta sección sobre la importancia del acompañamiento, la corrección y el cuidado mutuo en la vida de la iglesia?

Apocalipsis

El libro de Apocalipsis (ca. 95 d. C.), el último del Nuevo Testamento, incluye cartas dirigidas a siete iglesias y una serie de visiones de carácter apocalíptico. El simbolismo presente en estas visiones ha dado lugar a múltiples interpretaciones sobre su significado.

Al considerar este libro en su contexto histórico, es importante reconocer que la bestia y el número 666, que representa al enemigo de Dios, probablemente aluden al Imperio romano, mientras que la cabeza herida de muerte se refiere al emperador Nerón.

Las numerosas imágenes de destrucción tienen como propósito subrayar la violencia y la devastación total que se avecinan, así como afirmar la vindicación final de quienes permanecen fieles.



Si el Apocalipsis fue escrito para fortalecer a comunidades en tiempos de crisis, ¿qué le sugiere esto sobre cómo usted puede leerlo hoy? ¿Qué le enseña esta sección sobre la esperanza cristiana en medio de un mundo marcado por el conflicto y la incertidumbre?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

Los libros del Nuevo Testamento abordan una amplia variedad de inquietudes y situaciones. Sus autores escribieron con el propósito de ayudar a las comunidades cristianas a vivir y expresar su discipulado en contextos concretos de tiempo y lugar.

Al hacerlo, interpretaron las tradiciones de manera que fueran significativas, pertinentes y capaces de fortalecer la fe de quienes las recibían.